

SIN RIVALIDADES¹

Nótanse en el favor del público por los espectáculos más o menos artísticos que la actualidad le ofrece, unas alternativas, especie de mareas, de ondear ya violento y furioso, ya apacible, suave, que resultaría curioso registrar a modo de datos para un estudio psicológico... Este estudio, que habría de ser por completo desinteresado, está aún por hacer, pero la taquilla de los locales en que se dan unos y otros espectáculos, no deja de recoger, de modo más fructífero, y con toda minuciosidad el alza y baja de ese favor que tiene para ella literal traducción en redondas cifras.

He aquí, por ejemplo, que el público cinéfilo se hace de día en día más inteligente; ya prefiere la calidad a la cantidad y por ello llena los salones en que se le da una sola producción, siempre que ésta sea refinada y bella; ya no exige una continua variación de los programas, a ojos cerrados y por el solo placer de devorar semanalmente un número dado de metros de novedades cinematográficas. Como sucedía antes en el teatro, el favor del público sostiene en los carteles las producciones indefinidamente, o las rechaza desde su mismo estreno. No hay necesidad de citar títulos para que acudan a la memoria de todos, los de las tres, cuatro o cinco películas que en la presente temporada han sido proyectadas durante un mes entero en teatros cuyo público estaba habituado a ver variar el programa por lo menos, un par de veces cada semana. Y ello sin protestas, antes con aplauso de los concurrentes. Y, naturalmente, con beneficio de la taquilla y el libro de Caja.

En cambio en el teatro (aquí de la marea de que antes hablábamos) se observa que el público no acude si no se le ofrece variación continua. Las obras no duran apenas en los carteles. Es preciso estrenar hoy y pasado mañana... Ninguna producción teatral perdura en el gusto de quien ha de verla; las obras de hoy no quedan, como las de ayer, «de repertorio».

Y el que observa desde fuera estas fluctuaciones y juzga a la ligera o de mala fe,

¹ *La Vanguardia*, 21 de Febrero de 1925. María Luz Morales trabajó largos años como cronista de cine en este periódico, que insertaba un comentario semanal de la periodista gallega bajo el rótulo de “Vida cinematográfica”. Así, ella puso a disposición del público su amplio conocimiento sobre el mundo del cine y vertió en el diario barcelonés sus opiniones en torno a la especificidad del séptimo arte, el desarrollo del cine español, el gran salto desde las películas mudas a las sonoras...etc.

saca la consecuencia de que el cine está matando al teatro. Y no es eso, no es eso... Lo mismo hubiera sido decir hace unos años que la escultura mataba a la pintura, dado que no florecía ningún pintor de la talla de Rodin, por ejemplo.

Languidece el teatro y goza el cinematógrafo de vitalidad plena. Ello es un hecho, pero no obedece a rivalidad. Porque ambas artes tienen sólo de común lo que toda manifestación artística debe a la fantasía, la eterna cantera. Y los medios de expresión son distintos... o deben de serlo. Los que amamos desinteresadamente al séptimo arte creemos con entera sinceridad que llegará a encontrar su lenguaje propio, desligado de cuanto no sea, sencillamente, la fotogenia. Ahora, por ejemplo, el brujo Cecil B. de Mille en unión de Bert Glennon, su primer fotógrafo, ha llegado a dominar la expresión de las emociones por medio de la luz y la sombra. Para cada caracterización, para, cada psicología, para cada gradación pasional, una mayor o menor intensidad luminosa, sin violencia en los cambios, de modo que el espectador no advierte la «materialidad» del efecto logrado, pero percibe, no obstante, la riqueza de matices, equivalente, en cierto modo, a la de la voz humana *en la escena*, o a la del color sobre el lienzo. ¡La luz, y la sombra! Los efectos dramáticos de ésta, - así la muerte de Nita Waldi en *Los Diez Mandamientos*- la intensidad sonora de aquélla - puede tomarse como ejemplo la adoración del becerro de oro en la misma película- son tesoro inagotable para un artista tan complejo y tan sutil como Cecil B. de Mille. Y entre uno y otro extremo la escala cromática de la bondad, del amor, de la pasión, de los celos, del odio. ¡La luz y la sombra! El medio de expresión de la fotogenia. ¿Por qué, en tanto que el cine se esfuerza por alcanzar la perfección con sus propios medios, el teatro, ateniéndose a los suyos, no declama, reza, ríe, llora y canta?

Que el cinematógrafo no imite al teatro. Que no nos obligue a leer interminables diálogos entre el galán, y la dama, cuando el objeto de estos intérpretes debe ser que nosotros, en nuestra mente, les hagamos pronunciar nuestro propio diálogo, el que nosotros, en su caso particular, hubiéramos pronunciado... Que no nos dé efectos teatrales, ni decorados de cartón o trapo. Que no se alabe del primor estilístico de sus epígrafes, ni los adorne con filosofía más o menos barata. Pues es mudo, que no pida prestada su voz a los demás: que calle, que calle, mientras en el teatro, buscando llegar a nuestro corazón se prescinde de «trucos» y «peliculerías» y se habla se declama, se llora, se ríe y se canta.

Porque a nuestro corazón pueden los dos, teatro y cine, llegar por sus propios caminos. Sin rivalidades...

Felipe Centeno